VINO DE RIOJA PARA LOS ASTRONAUTAS

El 12 de octubre se celebrará una fiesta española en Houston

Asistirán a ella astronautas y directivos de la NASA

Ante el tercer centenario de la muerte de Esteban Manuel de Villegas

EL PAISAJE DE VILLEGAS (1669-1969)

Trescientos años han resbalado por este paisaje altorriojeño de la Sierra de la Demanda. Bosquecillos de chopos, peñas de hirsuta braveza e imponente perfil, como de puño asestado, quebrados arroyos que tejen rumorosa urdimbre en el hondo silencio. "Dulce vecino de la verde selva", el viento de un abril niño trae el recuerdo tricentenario del bucólico Villegas. La casona blasonada que mutilaron injuria y codicia mira a la mole gris de la iglesia en la vieja plaza de Matute. (Otros países miman los lugares con huellas de sus poetas; aquí, pese al bombo turístico, casi ni se conocen). Quince kilómetros nos separan de Nájera, sepulcro de los reyes navarros. Los quince kilómetros que median entre la cuna y el óbito de Esteban Manuel de Villegas, nacido en 1589, para morir ochenta años después. El próximo septiembre se cumplirá el tricentenario.

"En tanto que el viento fresco se mueve ligero bullendo las blancas aguas, regalando las hojas", cantan los hexámetros de su "Egloga". Conmueve comprobar cómo el poeta, por retórico y culto que pueda ser —y Villegas lo fue en buena medida—, nos cuenta siempre algo suyo, nos ofrece el testimonio de su contorno vital. Esteban Villegas va, con el cereoro y con la inteligencia, hacia la escenografía mitológica, hacia el paisaje eglógico de los modelos latinos. Pero con los ojos y con el corazón vuelve a su paisaje natal, y las fuentes, las selvas, las brisas de su bucólica son tan reales como podemos ver cruzando, al cabo de trescientos años, los rincones de estos estribos de la Cordillera Ibérica. Lope de Vega, en "El laurel de Apolo", dijo que el amor y la dedicación de Villegas a los clásicos "librarán del olvido su memoria", pero se le antoja a uno, cuando por esta geografía pasa, que es la propia hermosura de la tierra la que, reflejada en los versos de "Las delicias", lo eterniza.

Hay convencionalismos literarios, qué duda cabe, en el barroco Villegas. Ya Azorín, comentando los versos iniciales de la conocida "Cantinela": "Yo vi sobre un tomillo / quejarse un pajarillo", objetaba que la Thymus vulgaris es planta harto feble para sostener el peso, bien que liviano, de un pájaro. Pero esta imprecisión botánica no es para mucha extrañeza. Aldous Huxley, en "Literatura y Ciencia", endilga reparo semejante a Eliot por cuenta de los ruiseñores. Viene a decir Huxley que si los ruiseñores se consagraron como elemento poético de rango en la lírica inglesa fue debido a su real abundancia en las umbrías. Pero los setos fueron tiempo atrás fumigados por exigencias hortícolas, y desaparecieron las orugas. La oruga es alimento del ruiseñor. Como consecuencia, los ruiseñores escasean ahora. Sin maleza no hay orugas y sin orugas no hay melódicas filomelas. De suerte que hoy el tema es, casi siempre, un simple tópico. Por si no fuera bastante, Huxley asegura, etología en mano, que el canto del ruiseñor no es amoroso, sino advertencia belicosa para alejar a los otros ruiseñores machos de su zona de dominio, como su condición nocturna no se debe a un encanto baudelairiano, sino al sistema digestivo. La ornitología deshace una poética convencional.

Así puede ocurrir con algunos materiales retóricos de Villegas. Lo eglógico se sustentó siempre sobre bellas arbitrariedades. Pero el paisaje que evoca el riojano está vivo y reconocible. Debió de amar mucho estas frondas, estos arroyos, estas eminencias. "Ya de los altos montes—las encumbradas nieves—a valles hondos bajan — desesperadamente". Bien pudieran haber sido escritos tales versos para describir este lugar que le vio nacer. Lo miramos ahora, bajo una primavera reciente, y comprobamos en pura realidad cómo "los claros arroyuelos—que con grillos de hielos—sin poder ser movidos—estaban detenidos,—con vengativa prisa —alegres se desatan". Sí. El culterano y clasicista Villegas, al que es justo recordar en su tercer centenario, debió de extasiarse a menudo con la simple belleza natural, bajando el repecho de su pueblecito serrano, entre zarzamoras y aulagas, hasta la vereda de los chopos, para cruzar el valle donde canta el río Tobía su canción eterna de nieve y altura.

Leopoldo DE LUIS

Las conservas: Un problema laboral permanente y difícil de solucionar

La falta de formación del trabajador influye en su situación

LOGROÑO A DOS COLUMNAS

PEONES